

esta cuestión es España, donde el tema de las autonomías regionales representó uno de los principales obstáculos al proceso de democratización.

Otro tema ausente en el caso argentino fue la cuestión constitucional, situación que lo diferencia de la mayoría de las transiciones que requirieron indispensablemente la confección de nuevas bases constitucionales debido a la incompatibilidad de la normatividad autoritaria o totalitaria con el funcionamiento de un régimen democrático (ejemplo de ello lo constituyeron Alemania, Italia, España, Portugal y Brasil, entre otros). Por el contrario, en la Argentina la Constitución liberal de 1853 no fue reemplazada por una constitución autoritaria sino que fue simplemente suspendida en su aplicación real durante el régimen autoritario. Consecuentemente la creación de una nueva constitución no representaba una cuestión fundamental para el progreso del naciente régimen democrático.

La transición argentina estuvo entonces caracterizada más por la confrontación y competencia que por el consenso; también por la presencia de situaciones sumamente difíciles de procesar como el conflicto del Beagle, la cuestión económica, la deuda externa, el tema sindical y las relaciones con los militares.

Considerando este cambio institucional, el presente trabajo describirá algunas dimensiones de la cultura política de los argentinos que aparecen relevantes en la dinámica de la transición. Se analizarán orientaciones arraigadas en la cultura política como las actitudes individualistas y estatistas, el nivel de expectativas sociales existentes, la adhesión a los principios democráticos, la percepción respecto de los partidos políticos, y las bases actitudinales del comportamiento electoral. Todas estas dimensiones serán estudiadas siguiendo su evolución en la medida de la disponibilidad de los datos antes, al inicio y durante la transición política.

EDGARDO CATTERBERG, LOS ARGENTINOS FRENTE A LA POLÍTICA

II

INDIVIDUALISMO Y ESTATISMO

Una de las características más salientes de la cultura política argentina es la simultánea presencia de actitudes individualistas y estatistas en el grueso de la población. En términos de las ideologías clásicas esta caracterización parece casi paradójica, ya que generalmente se concibe al individualismo y las orientaciones de logro como disposiciones alejadas de posturas pro estatistas. Sin embargo, en la sociedad argentina se verifica, por un lado, adhesión a metas de carácter individual y, al mismo tiempo, apoyo a un desempeño activo del Estado en distintas áreas económicas y sociales.

Esta configuración singular tuvo su origen en procesos sociales que marcaron profundamente a la Argentina de este siglo, tales como los flujos migratorios externos e internos, las políticas de industrialización de las décadas del cuarenta y el cincuenta, el generalizado avance de la modernización social y el régimen peronista. Los mismos, en efecto, sirvieron de poderosos contextos socializadores, dando lugar a nuevas experiencias de vida individuales y grupales generadoras a su vez de valores, creencias y actitudes que se difundieron extensamente entre la población y adquirieron notable permanencia.¹ En este capítulo presentaremos evidencias empíricas acerca del carácter mixto de la cultura política en relación a las mencionadas dimensiones.

¹ Véase Gino Germani: "La movilidad social en la Argentina", en S. M. Lipset y R. Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*. Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pág. 363-364.

Gino Germani: *Sociología de la modernización*. Paidós, Buenos Aires, 1969.



METAS Y EXPECTATIVAS INDIVIDUALES

Los argentinos se caracterizan por poseer en forma bastante generalizada fuertes orientaciones al logro personal.² Estas tendencias enfatizan especialmente la búsqueda de metas materiales y la disposición al esfuerzo para alcanzarlas.³ Tal como se observa en el cuadro 1, el consenso frente a pregun-

Gino Germani: *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Brunswick, Transition Books, 1978.

Ezequiel Martínez Estrada: *Radiografía de La Pampa*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1969.

Arturo Jauretche: *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1982.

² Algunos ensayistas argentinos como Lucas Ayarragaray han enfatizado la vinculación del individualismo con una ética del esfuerzo, o del logro. Así se ha mencionado que "la Argentina fue y es un país de trabajadores, y el éxito con el esfuerzo es la única clasificación que da, en la sociedad improvisada, prestigio y situación". Lucas Ayarragaray, *Cuestiones y problemas argentinos contemporáneos*, Tomo I, 3a. edición, Buenos Aires, pág. 31.

En términos similares se expresan otros ensayistas como Carlos Octavio Bunge: *Nuestra América* (ensayo de psicología social), Buenos Aires, 1918; Joaquín V. González: *El juicio del siglo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979; y José Ingenieros, *Sociología argentina*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.

³ McClelland adjudica un importante papel a las motivaciones de logro en la conducta humana. Según esta idea, todo objetivo que se alcanza u obtiene a lo largo de la vida está condicionado por este tipo de móviles. La motivación al logro personal se define como la disposición a actuar con arreglo a modelos de excelencia en el desempeño.

A partir de ciertas experiencias de laboratorio, McClelland concluye que es legítimamente esperable que las personas con fuertes motivaciones al logro tiendan a buscar situaciones a través de las cuales puedan satisfacer esos deseos. Es decir que estas personas, en gran medida, se fijan metas propias en lugar de recostarse en estímulos externos, y se esfuerzan por cumplirlas exitosamente.

Por otro lado, estas disposiciones desempeñan un papel destacado en el desarrollo económico de las sociedades. El crecimiento económico, entonces, no es impulsado solamente por el afán de lucro u otras metas de carácter racional, tal como sostiene la teoría económica clásica, sino que existen además otros factores de índole psicológica y social que lo condicionan. Según esta hipótesis, entonces, existiría una estrecha asociación entre la necesidad personal de logro y el desarrollo económico de las naciones.

En su importante estudio de carácter comparativo entre treinta países, este autor señala la fuerte orientación al logro existente en la Argentina, tal como lo

CUADRO 1: Indicadores de actitudes y orientaciones al logro

	1980 %	1981 %	1982 %
"Es muy importante ser alguien en la vida" (acuerdo)	95	96	95
"Todo esfuerzo se justifica si ello permite alcanzar una mejor situación social y económica" (acuerdo)	93		91
"El cumplimiento de metas difíciles me hace sentir muy satisfecho/a" (acuerdo)	89		90
"Me esfuerzo para alcanzar las metas que me he fijado por todos los medios posibles" (acuerdo)	96	96	87
"El esfuerzo en el estudio o en el trabajo no se justifica aunque ayude a un mejor bienestar" (desacuerdo)	83		71
"Gozo algo sólo si ello me cuesta esfuerzo" (acuerdo)	76		61

FUENTE: Encuestas IPSA (Bs. As. y Gran Bs. As. noviembre 1980 y julio 1981 y grandes centros urbanos mayo, 1982).

tas indicativas de estas dimensiones es sumamente elevado.⁴

Las orientaciones al logro, tan difundidas en la sociedad, se definen más precisamente como disposiciones guiadas hacia la

demuestra su ubicación en el octavo lugar en 1925, y en el primero en 1950, adelante de los EE.UU., Australia y Canadá. Pero, simultáneamente, observa que el escaso nivel de crecimiento económico exhibido por la Argentina en este período —significativamente menor al esperado según la orientación al logro registrada— lo convierte en un caso desviado de su teoría.

Más allá de ello, resulta interesante destacar que la investigación de McClelland reafirma la amplia difusión de las orientaciones al logro en la sociedad argentina, a partir de los datos que presenta para esta dimensión desde 1925 y su crecimiento notable hacia 1950.

David C. McClelland: *The Achieving Society*, N. York, Free Press, 1967, p. 90.

⁴ Por el contrario, estas orientaciones al logro tan arraigadas en la Argentina

obtención de bienestar personal a través de "caminos" impregnados de individualismo. Se trata de "llegar" o "ser alguien en la vida", de triunfar en la consecución de las metas personales por los propios medios, en la creencia de que el progreso sólo será posible como producto del esfuerzo. A ello debe agregarse la presencia de actitudes de optimismo y perseverancia frente a los contratiempos y las frustraciones.⁵

Estas disposiciones están a su vez acompañadas por fuertes expectativas de movilidad social. Un importante indicador de las mismas es el reconocimiento de una situación de movilidad ascendente respecto de la generación pasada. En efecto, alrededor del 60% de los entrevistados opinaba que su condición social en 1982 era mejor que la de sus padres cuando ellos eran niños, lo cual sugiere que, independientemente de la movilidad ocupacional objetiva y de los cambios reales en las posiciones sociales relativas, predomina en la gente una vívida imagen de mejoramiento en las condiciones de vida por comparación con la generación anterior. Estas experiencias pasadas, que se hacen extensivas al presente, se proyectan también al futuro, ya que la mayoría de las personas entrevis-



contrastan con su declinación en los países altamente industrializados. Según Ronald Inglehart, en las sociedades postindustriales habría ocurrido un cambio intergeneracional a partir de la modificación de la jerarquía de valores en los jóvenes de clase media alta, como producto del cual los valores instrumentales (éxito material, progreso económico, otros logros individuales) ya no serían prioritarios. Se ubicarían en primer término valores no materiales como el desarrollo intelectual, la estética, las libertades, la solidaridad y otros. Esta nueva situación respondería a la variación sustancial de las condiciones de vida en estos países, a raíz de la prosperidad creciente que experimentaron después de la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes socializados en este contexto gozaron de un marco de seguridad económica consolidada. Por eso el bienestar material no constituye para ellos un imperativo y se orientan en la satisfacción de otras necesidades de carácter no instrumental.

Ronald Inglehart: "The Silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies", *The American Political Science Review*, Vol. 65, diciembre 1975, N° 4.

⁵ Es interesante la vinculación entre historias de vida y este tipo de valores narrado por Arturo Silvestre: *Cómo se llega* (Nuestros "self-made men"), Buenos Aires, 1931.

⁶ Sobre este mismo tema también puede consultarse Nicolás Ciria: *España en mi corazón*, Ed. Campo Soriano.

tadas prevén progresar económica y socialmente en el curso de sus propias vidas y esperan que sus hijos obtengan niveles de vida aun superiores a los propios.

CUADRO 2: Indicadores de actitudes y orientaciones hacia la movilidad social

	1980 %	1982 %
"¿Cómo diría que es su situación social y económica respecto a la de su padre cuando usted era niño?"		
Mejor	63	58
Igual	25	22
Peor	11	18
Ns/Nc	1	2
"¿Prevé mejorar social y económicamente en los próximos años?"		
Sí	81	80
No	13	10
Ns/Nc	6	10

FUENTE: Encuestas IPSA (Bs. As. y Gran Bs. As. noviembre 1980 y grandes centros urbanos mayo 1982).

CUADRO 3: Actitudes y orientaciones hacia la movilidad social

"¿Cómo piensa que será la situación social y económica de sus hijos comparada con la suya?"

	Noviembre 1980 %	Mayo 1984 %	Abril 1985 %	Agosto 1985 %	Abril 1986 %	Sept. 1986 %	Abril 1988 %	Junio 1988 %
Mejor	79	70	54	67	64	57	42	49
Igual	8	11	16	12	10	14	15	18
Peor	4	8	18	10	15	17	22	15
Ns/Nc	9	11	12	11	11	12	21	8

FUENTE: Encuestas IPSA (Bs. As. y G.B.A. noviembre 1980), SIP (mayo 1984 a septiembre 1986) y ESTUDIOS (abril y junio 1988).

Tal como se desprende de los datos disponibles, las expectativas de movilidad social en relación a los hijos disminuyeron luego del inicio de la transición democrática. No obstante, hasta el año 1986 este descenso fue moderado. En cambio, en 1988 se verificó una caída importante de las expectativas, lo que determinó que los niveles de optimismo se situaran muy por debajo de los registros del comienzo de la transición.

Es preciso destacar que ninguna de las mediciones efectuadas presentó diferencias según los diversos segmentos sociales considerados en cuanto al nivel de expectativas de movilidad social respecto a los hijos.

La percepción del progreso material se relaciona principalmente con la situación particular (o familiar) en términos absolutos, más que con modificaciones en posiciones ocupacionales. En efecto, si bien en muchos casos el mejoramiento en las circunstancias de vida fue producto del cambio de actividades manuales hacia actividades no manuales, por otra parte e independientemente de ello, durante varios años se produjo en la Argentina un sostenido incremento en el nivel de vida de la población en general. Por otro lado, el hecho de que la mayoría de los entrevistados piense que va a prosperar al margen de las condiciones sociales generales demuestra que el progreso de las condiciones de existencia forma parte de las creencias más arraigadas de la población. Es interesante destacar que miembros de todos los segmentos ocupacionales —hubieren o no experimentado una variación ocupacional respecto de la generación anterior— perciben un avance personal de carácter material. Si bien la mayor proporción de los mismos corresponde al segmento que pasó de ocupaciones manuales a ocupaciones no manuales, en el caso inverso también se verifica esta percepción. Lo mismo puede decirse en relación a las expectativas de mejoramiento del status social y económico en el futuro cercano.

Las disposiciones y orientaciones hacia la movilidad social implican una considerable legitimación de la estructura social en cuanto mecanismo de asignación de distintas posiciones. Ello supone la aceptación de las condiciones que rigen el acceso a bienes y servicios (incluyendo la educación) que tienen un correlato de poder y prestigio en la sociedad.

CUADRO 4: Percepción de progreso personal en relación a la generación anterior y al futuro según tipo de actividad

Actividad del padre del entrevistado	Manual	No manual	Manual	No manual
Actividad del jefe de familia	No manual %	No manual %	Manual %	Manual %
Percibe un mejoramiento de la situación personal comparada con la situación económica del padre	83	59	67	53
Espera mejorar su situación socio-económica en el futuro cercano	80	78	77	64

FUENTE: Encuesta IPSA (noviembre 1980).⁶

Existe una tendencia al cambio, pero no a través del cuestionamiento de las "normas" que regulan la distribución de premios y castigos sociales sino en relación a modificaciones de carácter individual.

No sólo es notable el grado de difusión alcanzado por las creencias en la movilidad social ascendente, sino también el hecho de que la población selecciona medios "legítimos", basados en el esfuerzo individual, como los más aptos para la consecución de sus metas. Entre ellos se destaca principal-

⁶ A efectos de poder identificar las actitudes de la población que experimentó algún tipo de movilidad ocupacional en relación con la generación anterior, sólo se tomó en cuenta la ocupación del jefe de familia, de modo tal que la movilidad alcanzara también a las amas de casa. Es decir, la ocupación del jefe de familia (fuera éste la persona entrevistada o su cónyuge), fue comparada con la ocupación del padre del entrevistado.

Por otro lado, se excluyó de la muestra a las personas menores de veinticinco años, para medir el status ocupacional de dos generaciones y para evitar que el jefe de familia coincidiera con el padre del entrevistado. Para poder realizar este análisis e incluir al entrevistado fue necesario contar con información acerca de su ocupación y la de su padre. De este modo, se relevaron 550 casos.

mente el *trabajo* y, en segundo lugar, el *estudio*. En cambio, solamente tres personas de cada diez optan por recursos no vinculados con el desempeño personal, como el casamiento o la suerte.

No obstante, comparando los datos más recientes sobre estas dimensiones con los analizados por Germani veinte años antes, se observa que si bien el desempeño aún es el medio preferido para alcanzar mejores posiciones sociales, ciertos elementos de origen adscriptivo han adquirido creciente importancia desde entonces.

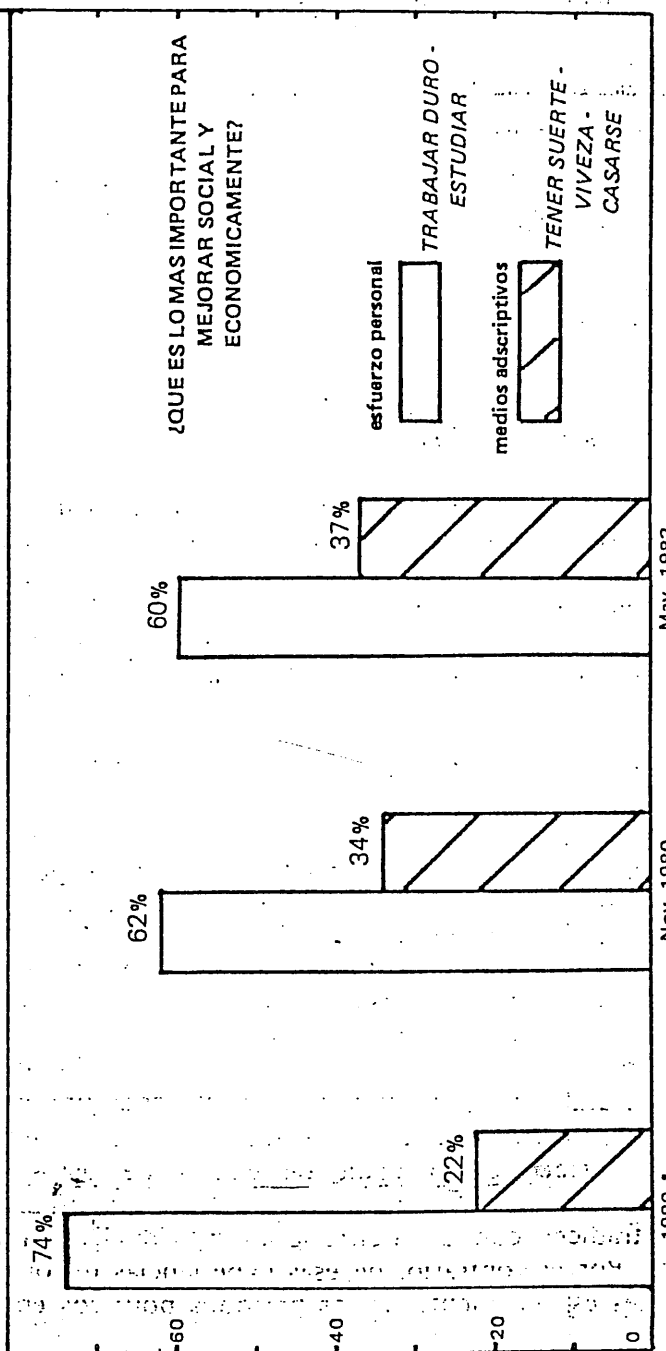
La fuerte valoración de los incentivos sociales de carácter individualista indica entonces la existencia de una considerable legitimidad hacia el orden social existente. Esta situación es aún más evidente en los sectores bajos, que eligen, con mayor frecuencia que otros segmentos, la categoría "trabajar duro" (61% en vez del 50% del resto de la población en 1982) como el medio más importante para ascender socialmente.

El arraigo de estas tendencias es llamativo frente a las reiteradas crisis económicas y políticas experimentadas desde la década del '70. Evidentemente el credo del progreso individual subsistió a pesar de los años de estancamiento económico del país. Por otra parte, parecería que no son estas circunstancias —que dificultan o impulsan la movilidad social— las que producen un impacto inmediato en las conductas sociales sino, en cambio —como lo sostienen Lipset y Bendix—, las creencias existentes acerca de la misma.⁷

Considerando, además, la usual asociación entre legitimación del orden social y expectativas de prosperar en ese orden, es plausible entonces que un obstáculo importante a la radicalización política y a la politización del descontento en el país fue la persistencia de las creencias en la movilidad social, con relativa independencia de las condiciones objetivas prevalecientes. Esta hipótesis se vería corroborada por la percepción dominante sobre el tipo de cambio deseado para la sociedad. Los cambios sociales preferidos son los asociados con valores de moderación y gradualismo, mientras que prácticamente se rechazan los cambios que significan alterar sustancialmente la estructura social vigente.

Seymour Martin Lipset y Reinhart Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pág. 94.

GRAFICO N° 1: Percepción acerca de los medios aptos para ascender socialmente



FUENTE: Encuestas IPSA. Bs. As. y GBA., nov. 1980 y grandes centros urbanos, may. 1982.

* Gino Germani: "La movilidad social en la Argentina", en S. M. Lipset y R. Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, EUDEBA, 1963, pág. 338.

CUADRO 5: Cambios deseados para la sociedad

	%
Cambios sociales sin alterar la forma de vida actual	37
Cambios sociales en forma gradual	31
Cambios sociales acelerados	16
Cambios sociales revolucionarios	6
Ns/Nc	10

FUENTE: IPSA (grandes centros urbanos, mayo 1983).

ORIENTACIONES HACIA EL ESTADO

Además de la pronunciada disposición individualista señalada, la cultura política argentina muestra, simultáneamente, fuertes signos de estatismo. Ello se traduce en la adhesión de la población a políticas proteccionistas por parte del Estado y en el decidido apoyo a la acción estatal en áreas percibidas como próximas a sus realidades cotidianas, tales como control de precios, congelamiento de alquileres y provisión de empleos.

Es decir, la perspectiva de la intervención del Estado en la sociedad se sustenta en la imagen del mismo como una agencia cuya función y responsabilidad es la de contribuir efectivamente al bienestar de la población. Sin embargo, este apego al Estado no es de carácter predominantemente ideológico —entendiendo por ideología una concepción global de la historia y de la sociedad— sino pragmático y centrado en demandas de actuación estatal que apuntan a acciones concretas, directamente vinculadas con la satisfacción de necesidades individuales. Por otra parte, la adhesión al intervencionismo estatal con las características señaladas seguramente tiene su origen en experiencias pasadas en las cuales se visualizó al Estado como medio de ascenso de vastos sectores sociales. Es por ello que las actitudes hacia el Estado no se contradicen con las orientaciones individualistas antes apuntadas. Por el contrario, de esas experiencias históricas, provenientes especialmente de los períodos políticos en los

CUADRO 6: Indicadores de estatismo

	1980	1981	1982	1986	1988
	%	%	%	%	%
"El Estado interviene tanto que agota la libre iniciativa de la gente" (desacuerdo)	—	25	31	31	—
"No es beneficioso que el Estado controle las actividades de los sindicatos y los partidos políticos" (desacuerdo)	—	—	41	—	—
"El Estado resuelve los problemas sociales mejor que otras instituciones" (acuerdo)	—	—	52	49	—
"El Estado debe proporcionar los servicios públicos con tarifas moderadas sin preocuparse por posibles pérdidas" (acuerdo)	—	63	56	58	—
"Es mejor que el Estado no controle los precios" (desacuerdo)	66	69	66	83	—
"Para ayudar a solucionar el problema de la vivienda el gobierno debería congelar los alquileres" (acuerdo)	56	64	73	75	58
"El Estado debe dar trabajo a toda persona que quiera trabajar" (acuerdo)	89	89	92	83	76

FUENTE: Encuestas IPSA (Bs. As. y Gran Bs. As., noviembre 1980 y julio 1981, y grandes centros urbanos, mayo 1982), SIP (grandes centros urbanos, abril 1986) y ESTUDIOS (grandes centros urbanos, junio 1988)

CUADRO 7: Indicadores de estatismo según nivel socioeconómico*

	Total %	Altos %	Medios %	Bajos estructu- rados %	Bajos no estruc./ marginal. %
"El Estado debe dar trabajo a toda persona que quiera trabajar" (acuerdo)	83	57	76	83	92
"Es mejor que el Estado no controle los precios" (desacuerdo)	83	66	75	83	93
"El Gobierno debería congelar el precio de los alquileres" (acuerdo)	75	56	61	76	88
"El Estado debe proporcionar servicios públicos con tarifas moderadas sin preocuparse por posibles pérdidas" (acuerdo)	58	44	51	57	67
"El Estado resuelve mejor los problemas sociales que otras instituciones" (acuerdo)	49	45	41	49	57

FUENTE: SIP (grandes centros urbanos, abril 1986).

* Acerca de la escala de estratificación social utilizada véase el apéndice del Capítulo VI.

cuales se utilizaron herramientas intervencionistas como el control de precios de bienes y servicios (públicos y privados), surgió la percepción del Estado como protector y garante de las metas individuales. De ahí entonces que la población tienda a orientarse hacia el mismo, fundamentalmente buscando

que las decisiones y políticas de éste faciliten el acceso individual a los bienes materiales, servicios, bienestar y trabajo.

Este tipo de percepciones implican incongruencias entre creencias abstractas y formulaciones concretas de esas creencias y, además, un mayor apego hacia el Estado en las áreas más inmediatamente vinculadas con la cotidianidad de la gente, mientras que se modera esta adhesión cuando se trata de temas referidos al papel genérico del Estado, tal como surge de la información presentada.

Las orientaciones estatistas mencionadas se han mantenido con similar intensidad luego de iniciada la transición hacia la democracia. El análisis de los datos disponibles para este período —referidos mayoritariamente a las áreas antes señaladas como más próximas al devenir cotidiano de la población— revela una marcada correlación entre consenso hacia el intervencionismo estatal y nivel socioeconómico y educativo. Más precisamente, se observa que a menor posición en la escala económico-social (y consecuentemente a menor nivel educativo) se produce una mayor adhesión al protagonismo estatal de modo de garantizar trabajo, servicios públicos de bajo precio, control de precios de los artículos de consumo y fácil acceso a la vivienda. Asimismo, son los segmentos ocupacionales de más baja calificación (como los obreros no especializados) quienes más se orientan en este sentido, mientras que entre los sectores ocupacionales jerárquicos disminuyen las disposiciones estatistas.

Al margen de estas tendencias diferenciadas según sea la pertenencia a uno u otro grupo o segmento social, sin duda casi todos los argentinos esperan del Estado productos sumamente concretos y vinculados directamente con su bienestar individual más que con el bienestar general. Lo llamativo es que no se demandan acciones del Estado como sustituto de la acción individual sino, en cambio, como refuerzo de la misma. Una de las consecuencias inmediatas de la difusión de este tipo de orientaciones es que la evaluación de la gestión gubernamental se concentra en las áreas donde se nuclea las expectativas, no siendo difícil entonces una aproximación, constantemente crítica a la acción de gobierno.

Las imágenes del Estado deben ser conectadas con la percepción de la existencia de situaciones recurrentes que estimulan la disposición hacia la movilidad social (al menos en lo vinculado al mejoramiento de las condiciones de vida) y, asimismo, con la percepción de que la vía más adecuada para alcanzarla es el esfuerzo individual.

Estas actitudes y creencias aparentemente contradictorias componen un núcleo fundamental de la cultura política argentina. Es individualista y pro estatista al mismo tiempo: es individualista en tanto la imagen de una sociedad abierta con amplias posibilidades para el desempeño individual está bastante extendida; es estatista en la medida en que este cometido debe ser facilitado y apoyado por políticas protectoras de origen estatal. Esta conjunción cultural inhibió seguramente por largas décadas la emergencia tanto de orientaciones pluralistas como de tendencias de carácter socialista. En efecto, el componente estatista habría dificultado el crecimiento de disposiciones más autónomas que sirvieran de prerrequisito para perspectivas democráticas. Complementariamente, las creencias asociadas con la movilidad y el individualismo constituyeron muy probablemente un freno para la expansión de ideologías contradictorias con esas creencias.

Estas creencias surgidas de experiencias sociales decisivas (que, como ya se mencionó, arrancan a fines del siglo pasado y principios del actual con las migraciones externas y se continúan en las políticas de industrialización de las décadas del cuarenta y del cincuenta, en la extensión de la modernización social y en el régimen peronista) han mostrado una inercia considerable en el tiempo y no han sido modificadas sustancialmente por el proceso de transición democrática. Por otra parte, constituyen un sólido soporte para la integración de la sociedad y para el orden social existente. En relación con este último aspecto —la legitimidad del orden social—, a pesar del desastroso panorama económico iniciado a partir de la década del setenta, la población siguió creyendo en su progreso individual, en la existencia de plenitud de oportunidades en la sociedad y en que el esfuerzo representa el mejor camino para el logro de las metas propuestas.

III

EXPECTATIVAS, TRANSICION Y DEMOCRACIA EN LA ARGENTINA

ALGUNOS COMENTARIOS SOBRE DESARROLLO Y DEMOCRACIA

La relación entre desarrollo económico y democracia ha sido debatida reiteradamente en la literatura sociopolítica. Numerosos estudios sostienen una marcada asociación entre esos dos fenómenos, ya que la prosperidad material constituiría un fuerte estímulo de las condiciones sociales que requiere una sociedad políticamente democrática.¹ Esta literatura tiende a establecer que la asociación entre ambas dimensiones se verificó históricamente, en el sentido de que aquellos países exitosos en sus procesos de crecimiento generaron estructuras políticas democráticas con mayor frecuencia que las naciones de bajo nivel de desarrollo.

Sin embargo, esta asociación ha sido cuestionada con el argumento de que es importante dotar al tema de mayor complejidad, diferenciando niveles de desarrollo y de modernización social. Si bien contemporáneamente los países más prósperos tienden a exhibir altos niveles de modernización social y de democracia política, esta situación ha sido muy diferente en el caso de las naciones con grados aceptables o altos de

¹ Seymour Martin Lipset: *El hombre político*. Buenos Aires, EUDEBA, 1963. Y más recientemente Seymour M. Lipset y Frederick Turner, "Economic Growth and Democratization: the Continuing Search For Theory". Trabajo presentado en el Seminario sobre Cultura Política en las Nuevas Democracias. ICI. CIS. Madrid, abril de 1986.

Véase también: Daniel Lerner: *The Passing of Traditional Society*, New York, The Free Press, 1958, pág. 46, y J. McCrone/Charles F. Cnudde: "Toward a Communications Theory of Democratic Political Development: A Causal Model". *The American Political Science Review*, Vol. LXI, N° 1, march 1967.

para subsistir. El éxito en determinadas áreas produce nuevas expectativas que de esta manera se van renovando. Si éstas no se satisfacen surgen manifestaciones de descontento. De alguna manera, con cierta probabilidad, el éxito del hoy es descontento del mañana a través de la renovación de las expectativas.

A su vez, el descontento —si bien hasta el momento solamente en forma moderada— impulsa la movilización, el deterioro de las creencias en la democracia y la idealización del pasado régimen militar. Aun cuando hay muchas otras causas determinantes de la deslegitimización de la democracia más allá del descontento, hay que advertir que el 45% de los que están descontentos considera a la democracia peligrosa, y que el 30% estima que los gobiernos militares han sido más eficientes que los gobiernos civiles.

A los efectos de lograr una situación constitucionalmente estable en el largo plazo el desafío consiste no solamente en disminuir el descontento a través de exitosas gestiones de gobierno sino también en tratar de reducir las expectativas que presionan sobre el descontento. Sin embargo, ello parece sumamente dificultoso debido a los antecedentes sociales y culturales de la población argentina y la presencia de constantes estímulos que promueven las expectativas, como la influencia de los medios de comunicación masiva y la acción de la competencia política. Sin duda ésta es la principal cuestión que debe procesar la transición para su éxito y constituye la mayor tarea que debe enfrentar la clase política.

EDGARDO CATTEMBERG, LOS ARGENTINOS FRENTE A LA POLÍTICA IV

LOS DOS IDEALES DE LA DEMOCRACIA

La idea de democracia históricamente ha incluido dos vertientes de pensamiento: una de ellas, mayoritariamente anglosajona, reivindica fundamentalmente el ideal libertario; la otra, de origen continental, enfatiza el ideal de la igualdad.¹ La primera de estas conceptualizaciones, que surge con la revolución puritana y las demandas de mayor pluralidad religiosa, asocia la libertad con la tolerancia y con el reconocimiento de las minorías políticas. A partir de ello se desarrollaron instituciones de resguardo de esas libertades, como el Parlamento y los mecanismos judiciales. Esta concepción ha enfatizado la separación de la Iglesia y el Estado, y ha diferenciado el interés público de los intereses privados, con lo cual se perfiló una instancia eminentemente protectora, especialmente en relación a la coerción ejercida desde el poder político.²

Por otro lado, la doctrina igualitaria ha resaltado la noción de ciudadanía, que regula de manera uniforme los derechos y obligaciones de los individuos frente al poder político. La universalización de la condición de ciudadano ha significado principalmente la negación de privilegios de carácter adscriptivo. El concepto de igualdad política ha tenido su máxima expresión institucional en el sufragio universal. Históricamente la democracia política ha combinado la tradición libertaria y la igualitaria. La extensión del sufragio universal y de la

¹ George H. Sabine: "The Two Democratic Traditions", *The Philosophical Review*, Vol. 61, 1962.

² Giovanni Sartori: *Aspectos de la democracia*, Cap. XIII, México, Ed. Limusa, Wiley, 1965.

ciudadanía estuvieron profundamente vinculados con la libertad de asociación, el desarrollo de los partidos políticos y el respeto por las minorías y sus diversas formas de expresión. Como régimen político, la democracia exhibe estas dos dimensiones que reconocen los antecedentes filosóficos antes señalados. En la terminología de Dahl, son *poliarquías* aquellos regímenes políticos donde tiene fuerte vigencia e institucionalización la competencia política en forma conjunta con un alto grado de inclusividad.³

Las creencias vinculadas con estas dimensiones han sido consideradas factores relevantes para la persistencia del sistema democrático.⁴ Difícilmente la concepción dominante en la gente acerca de la democracia sea indiferente respecto a la estabilidad de un régimen político caracterizado por instituciones democráticas. Sin duda, una compleja sucesión de rutinas y normas se interpone entre las creencias de la población y las características del régimen político, pero es difícil imaginar que una sociedad activamente antidemocrática pueda convivir con un régimen democrático.

Como afirma Dahl: "Parece evidente que las creencias de los individuos influyen en las acciones colectivas y por lo tanto en la estructura y funcionamiento de las instituciones y sistemas".⁵ Señala también este autor que "creer en las instituciones de la poliarquía significa creer al menos en la legitimidad de la competencia pública y de la participación. En la práctica estas dos dimensiones de la poliarquía son de alguna manera independientes no sólo históricamente sino también como creencias".⁶

³ Robert Dahl, *Polyarchy, Participation and Opposition*, New Haven, Yale University Press, 1972.

⁴ Ernest S. Griffith, John Plamenatz y J. Roland Pennock: "Cultural Prerequisites to a Successfully Functioning Democracy: A Symposium", *The American Political Science Review*, 50 (marzo, 1956).

⁵ James W. Prothro y Charles M. Grigg, "Fundamental Principles of Democracy: Bases of Agreement and Disagreement", *Journal of Politics*, 22 (1960).

⁶ Robert Dahl, op. cit., pág. 126.

⁷ Robert Dahl, op. cit., pág. 130.

LAS EVIDENCIAS EMPIRICAS DEL CASO ARGENTINO

En la Argentina se verifica una diferenciación en el apoyo que reciben las orientaciones participativas y las libertarias, siendo el consenso hacia las primeras considerablemente mayor que hacia las segundas.

La amplia adhesión hacia valores participativos se expresa en el apoyo de más de las tres cuartas partes de la población al voto universal y a la periodicidad del mismo como base del sistema político. Estas disposiciones preexistentes a la transición se han ampliado hacia el año 1983, coincidiendo con la apertura política en las postrimerías del régimen militar.

En relación a la dimensión libertaria de la democracia, el apoyo de la población alcanza niveles inferiores. En efecto, el consenso hacia indicadores como tolerancia a la democracia, rechazo a un sistema de partido único, al control gubernamental de la prensa, y el respeto por las minorías apenas supera el 50% de las opiniones en promedio. En estas dimensiones también se verificó un aumento de las actitudes pro democráticas durante la apertura del régimen autoritario. Sin embargo, se ha producido entre 1984 y 1988 un retroceso hacia los niveles anteriores a la transición, como en el caso del acuerdo con un sistema pluripartidario, o aun hacia niveles inferiores a los registrados en ese momento, como en relación al respeto por las minorías y la tolerancia democrática.

En suma, las predisposiciones hacia los aspectos participativos de la democracia no solamente cuentan con mayor adhesión de la población que aquellas asociadas a la libertad, sino que también evidencian una mayor estabilidad en el tiempo.

El análisis de la serie histórica de la distribución de las actitudes pro participativas indica una amplia adhesión en todos los estratos sociales. Esta tendencia no se ha modificado significativamente a través del tiempo.

En cambio, la asociación entre niveles socioeconómicos y actitudes pro democráticas es más evidente en relación a indicadores de pluralismo y tolerancia. Los segmentos más bajos manifiestan menor consenso que los sectores medios y altos en relación a estas dimensiones de la democracia. Esta asociación persiste a lo largo del período de la transición sin modifi-

CUADRO 1: Actitudes pro democráticas participativas

	Junio 1981	Mayo 1982	Mayo 1983	Mayo 1984	Abril 1985	Agosto 1985	Abril 1986	Sept. 1986	Abril 1988	Junio 1988
	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%
"El mejor sistema político es el basado en elecciones periódicas" (acuerdo)	64	70	79	83	-	-	84	82	80	79
"En la Argentina, sólo debería votar la gente instruida/educada" (desacuerdo)	-	-	-	77	76	76	72	71	-	77

FUENTE: Encuestas efectuadas en Bs. As. y GBA por IPSA (1981) y en grandes centros urbanos por IPSA (1982 y 1983), SIP (1984 a 1986) y ESTUDIOS (1988).

CUADRO 2: Actitudes pro democráticas libertarias

	Junio 1981	Mayo 1982	Mayo 1983	Mayo 1984	Abril 1985	Agosto 1985	Abril 1986	Sept. 1986	Abril 1988	Junio 1988
	%	%	%	%	%	%	%	%	%	%
"La democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización" (desacuerdo)	-	-	-	69	67	65	67	63	54	52
"La mayoría tiene derecho a eliminar los derechos de la minoría" (desacuerdo)	59	58	63	81	-	-	51	50	-	-
"El gobierno tiene derecho a controlar los órganos de prensa" (desacuerdo)	47	42	57	48	54	51	57	52	-	-
"La situación del país mejoraría con un solo partido político" (desacuerdo)	59	58	64	-	-	-	67	59	-	60

FUENTE: Encuestas efectuadas en Bs. As. y GBA por IPSA (1981) y en grandes centros urbanos por IPSA (1982 y 1983), SIP (1984 a 1986) y ESTUDIOS (1988).

caciones sustanciales. Sin embargo, algunos indicadores muestran signos de crecimiento de actitudes antilibertarias en los estratos bajos y marginales. En cuanto al respeto por las minorías políticas, por ejemplo, se observa que después de un amplio consenso registrado en todos los segmentos sociales al inicio de la transición, hacia 1986 se acentuaron significativamente predisposiciones menos libertarias en estos estratos.

CUADRO 3: Nivel socioeconómico y actitudes hacia la democracia

	NIVEL SOCIOECONOMICO			
	Altos %	Medios %	Bajos estructu- rados %	Bajos no estruct./ marginales %
"El mejor sistema político es el basado en elecciones periódicas" - Abril 1988				
Actitud democrática	87	89	80	73
Actitud no democrática	11	7	11	16
"La democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización"-Abril 1988				
Actitud democrática	82	68	53	38
Actitud no democrática	15	29	43	54
"La situación del país mejoraría con un solo partido político"-Junio 1988				
Actitud democrática	85	77	60	39
Actitud no democrática	13	20	32	49

FUENTE: Encuesta. ESTUDIOS (grandes centros urbanos, 1988).

Cuando se introduce la variable educación y se controla por el nivel socioeconómico, se observa la fuerte incidencia del "primer factor" en las actitudes pro o antidemocráticas de la dimensión libertaria. Ello significa que no sólo son más

democráticas las personas más educadas dentro de cada segmento social sino también que las diferencias por condición social disminuyen significativamente en niveles de educación equivalentes.

CUADRO 4: Educación y actitudes hacia la democracia según nivel socioeconómico

"La democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización" (Acuerdo - actitud no democrática)				
	NIVEL SOCIOECONOMICO			
	Altos %	Medios %	Bajos estruc- tura- dos %	Bajos no estruct./ margi- nales %
Nivel educativo	16	27	32	42
Primaria	—	47	35	42
Sec. incompleta	—	30	37	49
Sec. completa	30	33	31	39
Univ. incompleta	16	18	15	25
Univ. completa	12	—	—	—
"La situación del país mejoraría con un solo partido político" (Acuerdo - actitud no democrática)				
	NIVEL SOCIOECONOMICO			
	Altos %	Medios %	Bajos estruc- tura- dos %	Bajos no estruct./ margi- nales %
Nivel educativo	8	23	30	45
Primaria	—	40	38	45
Sec. incompleta	25	39	34	49
Sec. completa	10	26	25	45
Univ. incompleta	8	13	17	—
Univ. completa	5	—	—	—

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

La estrecha asociación entre actitudes democráticas y nivel educativo es mayor en relación a los indicadores de tolerancia y pluralismo. Sin embargo, respecto a las actitudes participativas la correlación también se verifica, aunque es menos acentuada.

Las evidencias provenientes de los datos argentinos son enteramente coincidentes con relaciones descritas por Lipset y Germani, que vinculan predisposiciones no democráticas con el nivel socioeconómico de la población en el sentido de que estas disposiciones están más presentes cuanto más baja es la condición socioeconómica de la gente. Lipset también sostiene que buena parte de esta correlación está ligada al factor educación, que sin embargo está generalmente asociado a un status bajo. El autor de *El hombre político* afirma que "el grado de instrucción formal correlacionado él mismo en forma estrecha con el status socioeconómico se halla altamente asociado con las actitudes antidemocráticas".⁷

La adhesión a actitudes democráticas se ve afectada asimismo por el descontento, ya que las personas que manifiestan mayor disconformidad con la situación del país y con su situación personal muestran menores predisposiciones democráticas que las más conformistas. Esta vinculación entre descontento y menor disposición democrática es más pronunciada en relación a la tolerancia que en cuanto a las actitudes participativas. Por otro lado, el descontento con la situación general del país parece condicionar, en mayor medida que la insatisfacción personal, la intolerancia democrática.

Esta relación se torna especialmente relevante debido al fuerte crecimiento del descontento a lo largo de la transición, y estaría actuando entonces como un factor que contribuye a la deslegitimación de las instituciones de la democracia.

Frente a la disparidad del consenso respecto a las dimensiones participativas y libertarias es evidente que en la cultura política argentina se verifican tipos de personas diferentes en cuanto a su adhesión a estas dimensiones de la democracia.⁸

⁷ Seymour Martin Lipset, *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Buenos Aires, EUDEBA, 1983, págs. 89-91.

Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1977, Cap. IV.

⁸ La tipología mencionada se construyó usando dos frases como indicadores

CUADRO 5: Impacto del descontento en actitudes participativas

"El mejor sistema político es el basado en elecciones periódicas"	"En el país poco a poco estamos mejor"		"Afortunadamente me puedo dar pequeños gustos"	
	Total	Satisfacción	Descontento	Satisfacción
	%	%	%	%
Acuerdo	80	86	78	87
Desacuerdo	12	8	13	9
Ns/Nc	8	6	9	4

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

CUADRO 6: Impacto del descontento en actitudes libertarias

"La democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización"	"En el país poco a poco estamos mejor"		"Afortunadamente me puedo dar pequeños gustos"	
	Total	Satisfacción	Descontento	Satisfacción
	%	%	%	%
Acuerdo	41	29	46	32
Desacuerdo	54	67	50	65
Ns/Nc	5	4	4	3

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

Desde esta perspectiva, las personas que adhieren simultáneamente a ambas dimensiones serían las que poseen actitudes que reflejan mayores compromisos democráticos, al menos en la línea de las tradiciones participativas y libertarias. El opuesto de este tipo, es decir aquellos que rechazan ambas dimensiones de la democracia, mostraría contenidos marcada-

de cada dimensión: para la dimensión participativa se tomó la frase "El mejor sistema político es el basado en elecciones periódicas", y para la dimensión libertaria, "La democracia es peligrosa porque puede traer desorden y desorganización".

mente autoritarios. Los dos tipos mixtos estarían representados por las personas que adhieren a principios participativos pero no a los libertarios, a quienes denominamos "populistas", y por los individuos que apoyan la dimensión libertaria pero rechazan los contenidos participativos de la democracia, a los que llamamos "elitistas".

Tipología de individuos en relación a sus actitudes hacia la democracia

		Participación	
		Sí	No
Tolerancia	Sí	Demócratas 52%	Elitistas 5%
	No	Populistas 35%	Autoritarios 8%

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

Del análisis de la tipología de individuos surge claramente que predomina entre la población el tipo de los "demócratas", aunque se verifica una presencia muy significativa del segmento "populista", siendo muy minoritarios los "autoritarios" y los "elitistas".

Por otra parte, también se observa en este caso una relación entre nivel socioeconómico y presencia de los "demócratas" y los "populistas". Mientras se registra una asociación positiva entre los primeros y el nivel socioeconómico, en el caso de los segundos se constata una correlación negativa: a

más bajo nivel socioeconómico, mayor presencia populista. En los segmentos más bajos los "populistas" superan en número a los "demócratas". Es llamativa la diferencia existente entre los obreros no calificados respecto a los calificados, ya que entre los primeros los "populistas" son más que los "demócratas", y entre los últimos aumenta la proporción de "demócratas" y disminuye la de "populistas".

Por otro lado, se destaca la vinculación que tiene la edad con estas dimensiones. Mientras la disposición democrática aumenta entre los grupos más jóvenes, inversamente la tendencia al populismo se incrementa en los grupos de mayor edad. Entre los más jóvenes la presencia de los "demócratas" es mucho mayor que la de los "populistas", en cambio entre las personas de más de cincuenta y cinco años se observa solamente una tendencia levemente mayor a favor de los "demócratas".

En síntesis, la Argentina presenta una configuración integrada por disposiciones altamente consensuales y permanentes en relación a la dimensión participativa de la democracia vigente en el período de la transición y aun en el período previo a la transición. Estas actitudes parecen estar firmemente arraigadas en la cultura política argentina ya que no han experimentado cambios significativos; la elevada adhesión hacia las mismas está difundida en los distintos estamentos sociales. Sin embargo, las orientaciones que hacen a la tolerancia y al pluralismo político no solamente tienen un consenso mucho menor sino que además han sufrido un cierto deterioro.

CUADRO 7: Tipología de individuos según nivel socioeconómico

	Total %	Altos %	Medios %	Bajos estructurados %	Bajos no estructurados/marginales %
Demócratas	52	78	66	51	36
Populistas	35	11	27	37	46
Elitistas	5	8	4	5	5
Autoritarios	8	3	3	7	13

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

CUADRO 8: Tipología de individuos según ocupación

	Total %	Amas de casa %	Jubi- lados/ pensionados %	Estu- dian- tes %	Obre- ros no califi- cados %	Obre- ros califi- cados %	Van- de- do- res %	Do- cen- tes %	Cuenta- prop. %	Acti- vidad jerár- quica %
Demócratas	52	46	44	66	39	54	67	83	53	78
Populistas	35	43	46	21	43	31	19	9	34	15
Elitistas	5	4	4	8	6	8	7	4	6	4
Autoritarios	8	7	6	5	12	7	7	4	7	3

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

ro a lo largo de la transición, al parecer asociado con el aumento del descontento. Por otra parte, estas pautas aparecen desigualmente distribuidas en la población, manifestándose los menores niveles en los segmentos sociales bajos y menos educados.

CUADRO 9: Tipología de individuos según edad

	Total %	18-24 años %	25-34 años %	35-54 años %	55 y más años %
Demócratas	52	54	52	53	49
Populistas	35	31	33	35	42
Elitistas	5	8	7	4	4
Autoritarios	8	7	8	8	5

FUENTE: Encuesta ESTUDIOS (grandes centros urbanos, abril 1988).

El análisis de los datos muestra el casi nulo impacto de la institucionalización democrática respecto a las actitudes hacia la democracia, al menos en sus primeros cinco años. Es evidente que estos hallazgos despiertan cuestionamientos acerca de la influencia socializadora de las instituciones democráticas, al menos en períodos relativamente cortos y caracterizados por importantes dificultades económicas.

La Argentina parece mantener con vigor elementos de su vieja cultura populista, caracterizada en lo que se refiere a la democracia por una amplia difusión de las dimensiones participativas —disposiciones muchas de ellas, como lo ha señalado Germani, nacidas de experiencias de participación directa más que institucionalizadas— y, complementariamente, por una adhesión mucho menor a dimensiones vinculadas con el pluralismo y la tolerancia política, e incluso verificándose algunos bolsones antidemocráticos en los sectores más bajos y menos educados.⁹

⁹ Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Brunswick, Transaction Books, 1978, Cap. IV.

La cultura política argentina en lo relacionado con la democracia parece exhibir entonces un perfil mixto en el cual las orientaciones democráticas conviven con tendencias populistas más que autoritarias. Esta estructura estaría reflejando los numerosos antecedentes culturales, formales e informales, que han enfatizado formas participativas bajo la tutela de fuertes liderazgos.

Las modalidades políticas señaladas han experimentado su máxima expansión durante la vigencia del régimen peronista, pero sin duda también se desarrollaron con vigor en los períodos radicales y conservadores, remontándose sus orígenes seguramente a los estilos caudillescos dominantes en la Argentina en el siglo XIX.

La baja adhesión a principios libertarios probablemente se vincula con la inexistencia en el pasado de luchas por la búsqueda de tolerancia religiosa, a diferencia de las culturas anglosajonas. Excluidas las experiencias con culturas de viejo arraigo en las tradiciones pluralistas y libertarias, la inserción de estas orientaciones demanda una prolongada socialización bajo un régimen político democrático. Esta socialización para el caso de democracias recientemente instauradas en países donde predominan fuertes expectativas y demandas sociales, así como tradiciones populistas, parece fuertemente dependiente de la eficacia de ese régimen para satisfacer esas expectativas.

La Argentina es un ejemplo de recurrentes sucesiones de regímenes populistas y autoritarios. Todas las evidencias indican que los legados populistas han sido más intensos y duraderos que las herencias autoritarias. Ello se refleja en las actitudes de la gente y en el hecho llamativo de la mayor presencia de la configuración populista en la población de más edad.

V

LA TRANSICION Y EL SISTEMA DE PARTIDOS POLITICOS EN LA ARGENTINA

En un régimen estable los partidos políticos son elementos constitutivos del mismo, canalizan conflictos sociales, resuelven las instancias de la sucesión del poder, proveen previsibilidad política, regulan la participación y diseñan políticas públicas. De ahí entonces que difícilmente se pueda separar la institucionalización de un régimen político de la presencia de un sistema de partidos.¹ Complementariamente este último informa acerca del nivel de fragmentación del régimen político y de las modalidades de la competencia política.²

La transición hacia la democracia iniciada en la Argentina en 1982 ha exhibido cambios importantes en el sistema de partidos, los que en buena medida han caracterizado al nuevo régimen.³ La elección del 30 de octubre de 1983 no solamente significó el fin del período autoritario militar sino también la primera derrota electoral del peronismo en casi cuarenta años, y con ello la terminación de un sistema de partidos caracterizado por su hegemonía. Desde 1946 y hasta las elecciones de 1983 ninguna agrupación representó una amenaza elec-

¹ Seymour Martin Lipset, y Stein Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour Martin Lipset, y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*, New York, The Free Press, 1967, págs. 4-5.

² Giovanni Sartori, "The Typology of Party Systems-Proposals for Improvement", en Erik Allard, y Stein Rokkan eds, *Mass Politics*, New York, The Free Press, 1970, pág. 325.

³ Sobre distintas percepciones respecto del sistema de partidos políticos argentinos véase: Marcelo Cavarozzi, "De la inflación como política a la construcción de un sis-